

# **ACERCA DE LOS DERECHOS HUMANOS EN CONCEPCIÓN ARENAL: FUNDAMENTACIÓN Y OBJETIVACIÓN DENTRO DE LA REVOLUCIÓN LIBERAL**

**M<sup>a</sup> José Lacalzada de Mateo**

## **Introducción**



A Declaración de Derechos en Filadelfia (1774), la del Estado de Virginia (1776), la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, redactada por Jefferson (1776), la de Derechos del Hombre y del Ciudadano en Francia (1789) o la del Estado de Séneca Falls reconociendo expresamente esos mismos derechos para la mujer (1848) así como la Declaración Universal de los Derechos del Hombre por la Asamblea general de las Naciones Unidas (1948), se encuentran en el ámbito de un paso trascendente en la historia de la humanidad por su sentido universal\*. No se apela en ellas a los derechos de un pueblo, una raza, una casta, una comunidad de creyentes sino que van referidos a la persona humana.

---

\* Al tiempo de corregir estas páginas se han consignado 300 puntos en la Conferencia de Pekín, relativos a los derechos de la mitad femenina de la humanidad.

A partir de aquí iba a ser posible que los derechos individuales a la vida, a la libertad, a la felicidad fuesen reconocidos en las leyes y garantizados por el derecho positivo y que el radio de expansión de los mismos llegase a la vida social, laboral, política y religiosa. ¿Dónde enraízan para Concepción Arenal estos derechos fundamentales? Creo que la respuesta es en la dignidad del ser humano, entendiendo que ésta le viene conferida por reflejo del Ser Supremo que le ha creado a su imagen y ha impreso en la Naturaleza un mandato: «Sed perfectos».

Esta afirmación pudiera llevar a establecer paralelismos con toda una antropología del pensamiento occidental desarrollada por la iglesia católica. Aunque también ¿por qué no? bien se puede argumentar a partir de los reformadores religiosos que desde el siglo XVI han ido ocupándose del mismo asunto. Pero, no haremos eso. Es necesario comprender el sentido del humanismo de Concepción Arenal desde sus propios postulados de una manera integral y penetrar el espíritu que trasluce su obra a la luz de su contexto histórico mejor que imponerle modelo alguno ya conocido o empujarla hacia una escuela determinada <sup>1</sup>.

Estas páginas tienen por objeto sugerir ciertos horizontes hacia donde creo apunta la defensa teórica y práctica de Concepción Arenal a los derechos humanos fundamentales entendida dentro del Estado liberal. Llevaremos la reflexión atendiendo a tres niveles complementarios:

- I. El sentido antropológico.
- II. La posición ocupada en la Revolución liberal.
- III. La tendencia filosófica de fondo.

## **I. Buscando una proyección universal a la persona humana**

La perfectibilidad parece consustancial a la naturaleza para Concepción Arenal. La igualdad del género humano y la posibilidad de fraternidad están implícitas para ella en la idea de ese Ser supremo que invita a todos a la perfección. Así resultan fronteras artificiales las creadas por razón de sexo, raza, nación o religión. Esto significa además que los no creyentes o los que adoran a Dios «de otro modo» no dejan por eso de ser también hermanos y de aquí

---

<sup>1</sup> Fue la perspectiva metodológica empleada en LACALZADA, M. J., *Mentalidad y proyección de Concepción Arenal*, Ayuntamiento de Ferrol-Cámara de Comercio, 1994 (2ª ed. Gijón-Zaragoza, 1994). Remito a este estudio como referencia a muchas de las afirmaciones que irán apareciendo a continuación y que los límites de un artículo no permiten desarrollar documentalmente.

deriva otro principio: el de tolerancia <sup>2</sup>. Estas convicciones, hoy bien admitidas en la Iglesia católica, colocaban sin embargo a Concepción Arenal en una posición controvertida en la España de su época, donde las diversas manifestaciones del integrismo religioso resistían a pasar por estas actitudes y principios como táctica política frente a la revolución liberal.

Y puesto que la llamada hacia la perfección forma parte de las leyes naturales ¿dónde encontrar las guías? Desde el pensamiento católico español del siglo pasado se sostuvo una antropología que tenía muy en cuenta el pecado original. Los seres humanos no podían autoperfeccionarse, necesitaban del don sobrenatural de la gracia y de la revelación cuya depositaria fiel y exclusiva era la Iglesia católica. La deducción estaba clara: puesto que la razón humana es limitada frente a la divina, puesto que la razón abandonada a sí misma solía producir desatinos, solo las normas morales venidas de autoridades eclesiales podían contribuir al perfeccionamiento de los seres humanos; es decir a la salvación eterna, pues hay que recordar que más se tenían puestas las miras en una vida futura que en la presente.

Concepción Arenal en vida no sólo no se situó en esta escuela sino que procuró que sus fieles reformasen algunos planteamientos y actitudes y de ello parecía bien consciente el P. Alarcón cuando intentó aproximar la obra de Concepción Arenal a los ámbitos católicos, donde él mismo veía que era poco conocida a finales del siglo pasado. Aquel jesuita tuvo que circunvalar y dar explicaciones que reflejan toda una mentalidad neocatólica, pero no precisamente la de la ilustre personalidad a quien él se estaba refiriendo <sup>3</sup>.

Estudiando directamente y sin prejuicios la obra de Concepción Arenal se revela que respetando los legados contenidos en las religiones derivadas del tronco común cristiano, llegase a una abstracción ecuménica entre todas ellas mediante el principio de la caridad. No debe ser ya un secreto que Concepción Arenal colaboró en empresas comunes benéficas con miembros de la Iglesia católica y también de la protestante y la anglicana. Y si todavía se encandaliza alguien de la afirmación precedente puede ir teniendo por seguro que también hizo lo propio con librepensadores agnósticos y con masones. Según escribía al

---

<sup>2</sup> Sobre el desarrollo de esta idea, KAMEN, H., *Nacimiento y desarrollo de la tolerancia en la Europa moderna*, Madrid, Alianza, 1987; PECES BARBA, G., *Escritos sobre derechos fundamentales*, Madrid, Eudema, 1988, pp. 119-191; LECLER, J., *Historie de la tolérance au siècle de la Réforme* (1.<sup>a</sup> ed., 1955), París, Albin Michel, 1994.

<sup>3</sup> ALARCÓN Y MELÉNDEZ, J., «Una celebridad desconocida», *Razón y fe*, 1901, t. I, pp. 74-94, 206-221; t. II, pp. 352-367 y pp. 447-462; ALARCÓN Y MELÉNDEZ, J., «Una celebridad desconocida», *Razón y fe*, 1914.

final de sus días en *El delito colectivo*: «La caridad, la caridad verdadera, la caridad de San Pablo, acabará por ser la base de todas las religiones, que según la etimología de su nombre, servirán para unir, no para separar a los hombres» <sup>4</sup>.

Así pues, Concepción Arenal vio un buen aliado para el perfeccionamiento de la humanidad en la religiosidad, pero a medida que ésta se fue purificando de los escollos creados por el fanatismo, el oscurantismo, la intolerancia y ciertas imbricaciones de los poderes religiosos con los políticos, depravantes para ambos, a su entender. «La religión es una cosa íntima, que arranca de lo más profundo de nuestro corazón y de lo más elevado de nuestra inteligencia», escribirá categórica en las *Cartas a un señor* <sup>5</sup>. «Misterio, dolor y aspiración a lo infinito» era la «trinidad eterna y universal» que aconsejaba para impartir la enseñanza de la religión en las penitenciarías <sup>6</sup>.

La tolerancia, la instrucción religiosa, el auxilio en la necesidad eran para Concepción Arenal obligaciones morales y por tanto derechos implícitos en un pueblo que se decía cristiano. Pero esto no es todo. Una vez salvada la libertad de conciencia y el principio de la caridad como «aurora» de los nuevos tiempos, Concepción Arenal se posicionó claramente dentro de un humanismo ilustrado-liberal antropocéntrico reconociendo que las guías para la elevación de la humanidad se descubren en el fondo de la conciencia y mediante la experiencia, la naturaleza y la razón.

Esta actitud y las propuestas que hizo introducida por este camino, eran motivo más que suficiente para haber caído estrepitosamente en los anatemas de heterodoxia y hasta la herejía en medio de las tensiones confesionales de su tiempo y las sucesivas condenas del Vaticano al liberalismo y sus hijos racionalismo, naturalismo y panteísmo. Solo una inteligencia y serenidad fuera de lo común podían salvarla <sup>7</sup>. La libertad de pensamiento y de conciencia que

---

<sup>4</sup> ARENAL, C., *El delito colectivo*, Madrid, Agustín Avrial (S/F). Citaremos por la edición de las obras completas, Madrid, Victoriano Suárez, t. XII, 1896, p. 202.

<sup>5</sup> ARENAL, C., *Cartas a un señor* (1.ª ed., en *La cuestión social*, Avila, La propaganda literaria, 1880), obras completas, t. VIII, 1895, pp. 33-34.

<sup>6</sup> ARENAL, C., «Congreso penitenciario de Roma» (1885), *Informes penitenciarios*, obras completas, t. XIV, 1896, p. 76.

<sup>7</sup> Y de ambas daba muestra cuando desarmó un debate al que se le retaba desde *La Unión Católica* en los términos siguientes: «Creo que debe evitarse, siempre que sea posible, entrar en polémica: usted no ha podido evitar que empiece; yo puedo evitar que continúe y lo evito. Las verdades que usted y yo hayamos dicho se sostendrán sin que las defendamos, y los errores en que hayamos podido incurrir, ni usted ni yo somos personas de desear que prevalezcan porque sean nuestros. Doy por supuesto que en algo habremos acertado y en algo errado los dos, aunque por el momento ninguno sepa dónde está la equivocación, que, a saberlo, no habríamos incurrido en ella...», en ARENAL, C., artículos sobre beneficencia y prisiones, obras completas, t. XXII, 1902, pp. 21-23.

manifestó Concepción Arenal, a mi entender, la convirtieron en una moralista ilustrado-liberal que sin prescindir de la dimensión religiosa llegó a ciertos niveles de abstracción mediante los que sus formulaciones adquieren una validez universal. Quizá por eso siempre podrá renacer de sus cenizas, aún después de ser objeto de manipulaciones parciales o confesionales.

Y ¿en qué consiste la perfección para Concepción Arenal? «La perfección es llevar al más alto grado posible todas las nobles facultades, y reducir a la impotencia los malos impulsos —escribía en su estudio sobre Feijoo—. «Perfección es amar mucho y puramente; pensar mucho y rectamente; obrar mucho y honradamente»... «Hay mucho desconocimiento del corazón humano y de la sabiduría divina, en la soberbia pretensión de perfeccionar la naturaleza saliéndose de ella»<sup>8</sup>. El conocimiento frente a la fe ciega, la moralidad activa frente a la pasiva, la neutralidad en la búsqueda del bien por el bien mismo forman parte del sentido moral de Concepción Arenal. Todos los seres de la naturaleza están sometidos a las leyes del mundo físico, los humanos además a las del mundo moral e intelectual. Ella no entiende la moral como un conjunto de disposiciones normativas externas sino como una actitud en la que entra la voluntad y el conocimiento<sup>9</sup>.

La caridad, ese movimiento de simpatía universal, tenía sus grados de madurez en función de la misma ley natural mediante la que es posible a la humanidad ir asumiendo gradualmente las riendas que su soberanía racional: «Cuando el individuo eleva más su nivel moral; cuando educa ejercitándolas, sus buenas disposiciones, la caridad de *impulso* se convierte en *sentimiento*, es decir, que su acción no es *instantánea*, sino *continua*, que no necesita para compadecer y amparar la vista de la desdicha; que recuerda, que prevé, que forma hábito y es capaz de sacrificio»... «Subimos un grado más, y la hallamos apoyada en la razón y elevada por la inteligencia. No ha perdido la fuerza del instinto ni la belleza del sentimiento; pero además de *impulso* y un *hábito*, es un *sistema*. Razona, generaliza, acusa, ampara, ataca, defiende, halla causas, expone efectos, da relaciones, deduce consecuencias, pesa obstáculos, busca auxiliares, y llama, en fin, en su auxilio las fuerzas vivas de la sociedad y los

<sup>8</sup> ARENAL, C., «Juicio crítico de las obras de Feijoo», *Revista de España*, t. LV, núm. 218, 1877, pp. 221-223. Este sentido integral neutral y racionalista es medular en su obra. Ver también: ARENAL, C., *La instrucció'n del pueblo*, Madrid, Tip. Gutenberg, 1881. «La perfección significa voluntad recta, afectos puros, entendimiento elevado. Es lo verdadero en la ciencia, lo bello en el arte, lo justo en la moral...», pp. 169-170.

<sup>9</sup> ARENAL, C., *Cartas a un señor*, op. cit., obras completas, t. VIII, 1985. Se refiere a la moral como «el conocimiento y la práctica del deber, realizado por el puro amor al bien», p. 55.

recursos todos de la humana inteligenciaa; y tiene la perseverante energía del que comprende bien lo que desea y sabe perfectamente lo que hace»<sup>10</sup>.

La esclavitud era abominable para Concepción Arenal en cuanto violenta todas las leyes de la Naturaleza consideradas el aspecto humano y el divino. En ambos sentidos argumentaba en «La canción del esclavo» con la que obtuvo el primer premio en el concurso convocado por la Sociedad Abolicionista Española de 1865: «Con qué infernal, impío privilegio, mártires haces y les niegas palma?» —recriminaba el esclavo al señor—. «Has profanado el templo de mi alma con nefanda impiedad y sacrilegio». La degradación intelectual, física y moral a la que es sometido el esclavo por falta de libertad, llega a eludirle de responsabilidad. Y así continuaba diciendo el esclavo al tirano: «¿Dónde está mi virtud, mi honor a donde? ¡Mis delirios sangrientos, increíbles, mis vicios y mis crímenes horribles son tuyos, tu obra son, de ellos responde! ¿Quién es vil? ¿Quién infame?». Concepción Arenal no andaba con medias tintas; ella que siempre mostró un respeto profundo al misterio de cada conciencia, no tuvo reparo alguno en describir al «Juez infalible, Soberano» sentenciando en el juicio final: «*Opresores de la tierra, gemid en el infierno eternamente*»<sup>11</sup>.

La libertad, derecho inalienable de los seres humanos<sup>12</sup>, implica para Concepción Arenal conocimiento y responsabilidad moral. La libertad, entendida como soberanía personal está íntimamente relacionada con la perfectibilidad, con un proceso de elevarse desde el mundo ciego de las pasiones y apetitos desordenados hacia el de la razón. Un proceso en el que el sentimiento, la voluntad y el conocimiento al tiempo que se desarrollan y entablan armonías van materializando sucesivos grados de la idea de Justicia.

«La emancipación en nada es el desenfreno; tan lejos de ser así, es una severa sujeción a la regla», escribía en sus *Cartas a un obrero*. Y asentado este

---

<sup>10</sup> ARENAL, C., *Artículos sobre beneficencia y prisiones*, obras completas, t. XVIII, pp. 413-420.

<sup>11</sup> ARENAL, C., *La esclavitud de los negros*, Madrid, Sociedad Abolicionista Española, 1866. Para más detalle: LACALZADA, M. J., «Concepción Arenal por la abolición de la esclavitud y a favor de la emancipación de la persona humana», en *V Simposium de Historia de la Masonería*, Cáceres (1991), Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, Zaragoza, 1993, pp. 737-747.

<sup>12</sup> ARENAL, C., *Informes...*, *op. cit.*, obras completas, t. XIV, 1896, «El hombre no es verdaderamente hombre sino por el ejercicio de su voluntad» [...] «Todos los días y a todas horas se le estará diciendo al recluso que *debe*, y nunca se le preguntará si *quiere*. Esto, dígame lo que se diga y hágase lo que se haga, le rebaja, y no se elevará a sus propios ojos, ni se considerará como verdadera personalidad, si no hace alguna vez lo que quiere» [...] «Pero dentro de los límites del reglamento puede haber, y es preciso buscar, un medio que armonice las exigencias de la prisión con las de la naturaleza; y que, aun dentro del inevitable cautiverio, se dejen algunos movimientos libres al cautivo», pp. 69-72. Puede verse también ARENAL, C., *El visitador del preso*, La España moderna, S/F, cap. XI, pp. 147-163.

principio les iba explicando: «La diferencia del hombre emancipado al que no lo está, consiste en que, en vez de sujetarse a la voluntad de otro, se rige por la suya; que en vez de obedecer a la razón ajena, obedece a la propia; en que tiene la responsabilidad de sus acciones y no la descarga sobre nadie; en que recibe elogio o vituperio, premio o castigo, perjuicio o ventaja por lo que hace. La emancipación, lejos de favorecer la indolencia, exige tarea mayor; la dignidad no es bien que se recibe gratis, sino que cuesta mucho trabajo adquirirla y conservarla»<sup>13</sup>.

Así pues Concepción Arenal creía que los derechos a la vida y a la libertad están implícitos en la naturaleza, pero su desarrollo y reconocimiento en sociedad va madurando en la medida en que las actitudes individuales y las relaciones sociales se armonizan con las leyes del mundo físico, moral e intelectual. Las declaraciones de derechos humanos, derivados de la necesidad-obligación moral de perfectibilidad, dejan de ser una abstracción filosófica o una imposibilidad real para muchos en la medida en que son reconocidos por la sociedad, extendidos por la Iglesia en su misión evangélica de fraternidad, objetivados y garantizados por el Estado en su dimensión política y jurídica. Era necesario el concurso armonioso de todos ellos y Concepción Arenal se empleó muy a fondo en esta empresa conociendo muy bien los diferentes niveles desde donde presionar para que arraigase la sensibilidad humanitaria y el sentido de justicia. Sigamos adelante.

## **II. Buscando su lugar a los derechos humanos frente al absolutismo, el oscurantismo, el materialismo y el individualismo**

Las declaraciones de derechos como hombre y ciudadano se sitúan históricamente en un proceso que viene marcado por: el desarrollo económico liberal que conducía hacia el capitalismo; la secularización del Estado y el ascenso al poder de una clase burguesa que legitimaba su dignidad y prestigio con el trabajo y la utilidad social, como réplica a la nobleza que lo había sustentado en el privilegio heredado<sup>14</sup>. La vida de Concepción Arenal transcurre en medio de esta triple revolución y no podemos decir que no fuese consciente de ella, ni que no tomase partido.

---

<sup>13</sup> ARENAL, C., *Cartas a un obrero* (primera edición por artículos en *La voz de la caridad* y en *La defensa de la sociedad*, 1871), obras completas, t. VII, 1895, p. 236.

<sup>14</sup> PECES BARBA, G., *Tránsito a la modernidad y derechos fundamentales*, Madrid, Mezquita, 1982.

Concepción Arenal tuvo buenas referencias de cómo se producían estas revoluciones a un tiempo liberales y burguesas en los países más prósperos de Europa y en los Estados Unidos de América. Pero hemos de tener además muy en cuenta las connotaciones específicas del país en que ella estaba trabajando. La revolución liberal en España estaba mediatizada por factores que apuntan en las direcciones siguientes: las revoluciones políticas liberales propias del siglo XIX se estaban solapando con la reforma religiosa paralizada desde finales del siglo XVI; el despegue económico hacia el capitalismo soportaba ciertas rémoras; la burguesía llamada a ejercer un protagonismo social y una dirección política mostraba una conciencia de clase escindida entre liberales y antiliberales que dio lugar a proyectos de educación y formas de atención social opuestos y excluyentes; la sociedad civil se movía impulsada por los fanatismos hacia revoluciones y contrarrevoluciones totales.

El liberalismo se sustenta en la consideración al individuo y en función de él se fueron decantando diferentes tendencias. ¿Ciertamente se situaba Concepción Arenal en alguna de ellas? El reconocimiento de los derechos a la libertad y a la propiedad es muy firme en Concepción Arenal. ¿Estamos ante valores burgueses y por tanto de clase o ante valores de humanidad? Concepción Arenal veía estos principios fundamentados en leyes naturales y por tanto extensibles a todo el género humano. Si antes solo habían apuntado para algunos privilegiados era atribuible, para ella, al despotismo y al oscurantismo dominantes en los umbrales anteriores del desarrollo de la humanidad. Suelo insistir en que la mentalidad de Concepción Arenal solo se hace inteligible considerando «la toma de conciencia de persona» y no la de «clase».

Las propuestas que fue haciendo Concepción Arenal por esta línea así como el espíritu de fondo que anima su obra la situaban en una corriente ilustrado liberal que si como tal se apartaba de la postura sostenida oficialmente por la Iglesia católica, al mismo tiempo desde los principios filosóficos liberales estaba invitando a la autocrítica a cualquiera de las derivaciones conservadoras, individualistas, materialistas y utilitaristas. La misma actitud que le hacía incómoda para los intereses parciales de las clases bien asentadas, le llevó a oponerse al socialismo de la Internacional porque creía que los principales postulados en que por entonces se apoyaban sus líderes eran erróneos por no tener suficientemente en cuenta la naturaleza de las cosas <sup>15</sup>. «Así pues,

---

<sup>15</sup> Consideraba a Juan «equivocado», liberándolo de las acusaciones morales que la burguesía conservadora le imputaba. Ver, por ejemplo, la carta primera o la veintiuna, donde le decía Expresamente: «Creo que eres un hombre honrado que profesas errores que deseo combatir, no me inspiras, pues, ni horror



lo que hay que procurar, no es suprimir la lucha, sino modificarla –escribía–; no pretender que los hombres a una señal se pongan de acuerdo, sino que lleven sus disidencias al campo de la discusión, y con razones se ataquen y se defiendan. Las explosiones de la ira deben conjurarse como se conjura el rayo, evitando que se acumule la causa que las produce»<sup>16</sup>.

La obra de Concepción Arenal es comprensible y coherente entendida dentro de la revolución liberal y por esa sinuosa vía que pretendía ir mediante la libertad hacia la equidad y la igualdad ante la ley. Sus aportaciones en la defensa de derechos humanos fundamentales dentro de los Estados liberales remiten a tres ámbitos de estudio:

- La responsabilidad individual.
- La sociedad civil y el Estado.
- El sentido ético y trascendental del Derecho.

#### **a) Libertad y propiedad condicionadas al grado de moralización personal**

La idea de «derecho» de Concepción Arenal va unida estrechamente a la de «deber». La responsabilidad moral se calibra entre las aptitudes interiores, su desarrollo mediante la voluntad y los medios exteriores de que se dispone. Concepción Arenal tiene por seguro que los derechos proclamados a personas que por las razones que sea –interiores o exteriores– son incapaces de establecer una correlación con sus deberes respectivos no son posibles a la larga o generan desequilibrios en el camino hacia la justicia.

La libertad no consiste en hacer lo que se quiere sino lo que se debe. En caso contrario, si el conocimiento o la voluntad no van dirigidos hacia la verdad y el bien –es decir, hacia la justicia–, la libertad encontrará sus propias fronteras conforme a leyes naturales ineludibles. «No puede haber absoluto e ilimitado más que lo perfecto; y no siéndolo el hombre, debe hallar límites en todas las esferas de su actividad. Si es cuerdo, se los pondrá él; si es insensato habrá de admitir los que le ponga la sociedad o la naturaleza. A medida que se ilustra y se mejora, él se traza los límites de donde no debe pasar, y su moralidad y su razón hacen inútil el empleo de la fuerza»<sup>17</sup>.

---

ni desprecio», p. 226. Años después decía de los atentados anarquistas «que si se miraran bien podrían ser como una especie de espejo de las clases que los temen», ARENAL, C., *Algunas observaciones sobre el delito colectivo*, op. cit., obras completas, t. VII, 1895, p. 268.

<sup>16</sup> ARENAL, C., *Cartas a un obrero*, op. cit., obras completas, T. VII, 1895, p. 268.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 160.

Concepción Arenal tenía por seguro que entre la libertad proclamada y la ejercida existía un abismo, insalvable si una vez rotas las cadenas exteriores subsisten las interiores. Esta filosofía trató de explicarla a todo tipo de público, incluidos los delincuentes a quienes exponía en sus cartas: «¿Queréis hacer una guerra implacable a la tiranía? ¿Queréis minar por su base el pedestal donde se asienta? Procurad ilustraros, procurad comprender bien vuestros deberes, procurad ponerlos en práctica. La ilustración y la virtud, éstas son las armas de que no puede defenderse la tiranía. Cada idea sana, cada buena acción, le declara una guerra a muerte. El pueblo que es ilustrado y virtuoso no necesita rebelarse para que en él sean imposibles los tiranos»<sup>18</sup>.

En definitiva, para Concepción Arenal la libertad no es solo una concepción externa sino que supone cierto grado de soberanía personal. «La revolución puede ser cuestión de fuerza —escribía—; la libertad es cuestión de derecho, de justicia, de ciencia, de virtud. ¿Para qué sirven esas masas armadas de hombres del pueblo? Para alimentar temores que le perjudican y esperanzas que le pierden porque busca la seguridad donde halla el peligro, y la fuerza donde no puede estar. Para hacer libre a un pueblo hay que enseñarle el ejercicio de la razón, no el del fusil»<sup>19</sup>.

Si salvar el derecho a la libertad fue bandera frente al absolutismo político y al oscurantismo religioso durante todo el siglo pasado, establecer el derecho a la propiedad pasó en muy corto espacio de tiempo de ser una reivindicación frente a los privilegios estamentales a convertirse de nuevo en instrumento de opresión. El capital y la propiedad privada de los medios de producción establecieron cierta alianza que violentaba los derechos naturales a la vida, a la libertad, a la búsqueda de felicidad de grandes masas y la Internacional de los desposeídos de la tierra convirtió en consigna destruirlos. Esta empresa pareció antinatural e irracional —y por tanto ilusoria— a Concepción Arenal. Y en este sentido argumentó cuando en sus *Cartas a un obrero* se opuso al objetivo de destruir el capital y la propiedad y además también a los medios violentos que para lograr su emancipación utilizasen los trabajadores. Era también para ella una necesidad y un derecho natural la resistencia a la opresión y por eso les indicaba caminos a su entender menos violentos y más viables<sup>20</sup>.

<sup>18</sup> ARENAL, C., *Cartas a los delincuentes* (1865), obras completas, t. III, 1894, p. 229.

<sup>19</sup> ARENAL, C., *A los vencedores y a los vencidos*, Madrid, Las Novedades, 1869, p. 19.

<sup>20</sup> Recogía soluciones como instrucción, asociación y cooperativa viables en Europa, entre el liberalismo reformista y el socialismo posibilista. Las mismas que también iban a promover en España sus amigos de la Institución Libre de Enseñanza.

El problema a resolver no radicaba para Concepción Arenal en la propiedad que es en realidad un ente abstracto, sino en la actitud moral del propietario. «¿Qué diferencia hay entre *apropiación* y *propiedad*? La que va del *hecho* al *derecho*, del animal al hombre, del que tiene conciencia y moralidad al que de una y otra carece». Pues, según había indicado cartas atrás: «El capital es un gran bien, una necesidad. Se abusa de él como del poder, de la ciencia del valor, de la fuerza, del nacimiento, de la belleza, de cuanto hay. Toda ventaja puede convertirse en iniquidad, si el que la posee no tiene razón ni conciencia» <sup>21</sup>.

Concepción Arenal creía que no tenían suficientemente en cuenta las leyes naturales ni los individualistas sosteniendo «que la libertad basta para establecer la armonía entre los propietarios», ni los niveladores pretendiendo «volver a la propiedad colectiva», según intentaba explicar en las *Cartas a un obrero*. Para ello solo el ejercicio racional de la capacidad de autodeterminación podía garantizar armonías duraderas y que disminuyesen los aparatos de fuerza externos. Y así exponía en aquellas cartas: «Si el hombre fuera perfecto, sería justo nada más con ser libre; pero su imperfección hace indispensable coartar su libertad en sus relaciones con los otros, lo mismo como propietario que en cualquier otro concepto. La libertad es un medio, no un objeto; es parte integrante del ser racional, no todo; es un medio de llegar a la armonía, no la armonía misma; es un elemento que no ha de sacrificarse a otro, pero que no puede exigir que se le imnole ninguno» <sup>22</sup>.

Así pues, se imponía regular las relaciones sociales, económicas, políticas y jurídicas. El sistema contractual era para Concepción Arenal un avance necesario y esperanzador frente al de las monarquías absolutas y por él apostó claramente, pero no en un sentido individualista ni delegando la soberanía de manera ciega y total. Según ella: «La desigualdad de condiciones es justa porque es necesaria; pero allí donde acaba la necesidad acaba el

---

<sup>21</sup> ARENAL, C., *Cartas a un obrero*, op. cit., obras completas, t. VII, 1895, pp. 370 y 101-112. Para entender el sentido neutral y racionalista que le animaba es necesario leer las cartas correlativas que escribió a los señores. Gumersindo de Azcárate indicaba claramente la línea de pensamiento en que ambos —él y ella— estaban, resumiendo la directriz de estas cartas como «un desenvolvimiento de los *deberes positivos* de los ricos» y que en ellas muestra «todas las consecuencias que puede producir el ejercicio de nuestra libertad y de nuestros derechos [...] según que al obrar nos inspiremos en un interés egoísta, ciego y estrecho o en los mandatos de la conciencia y de la razón»: AZCÁRATE, G., resumen de un debate sobre el problema social, Madrid, Gras y Cía. de Editores, 1881, pp. 263-268.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 207. Esta filosofía había aparecido dos años atrás en ARENAL, C., *A los vencedores...*, op. cit., 1869, y fue soporte para *El pauperismo* y *Memoria sobre la igualdad*, publicadas a título póstumo en sus obras completas.

derecho <sup>23</sup>. Así, por ejemplo, es necesario que se respete la propiedad de los bienes legítimamente adquiridos. Es necesario que se deje a su dueño la facultad de disponer de ellos en favor de quien le parezca; pero es absurdo que se favorezca la acumulación exagerada de propiedad con leyes perjudiciales a la sociedad y que no estan *en la naturaleza de las cosas*. Las leyes todas, ¿no deberían tener la tendencia altamente filosófica y moral de restablecer el equilibrio siempre que se rompe inclinándose la balanza del lado de la acumulación de la riqueza?» <sup>24</sup>.

### **b) La sociedad civil y el Estado**

Los seres humanos deben encontrar en sociedad medios materiales, intelectuales y morales para desarrollar sus expectativas de perfeccionamiento, a no ser que fuese preferible el estado salvaje al de civilización; a no ser que esos deberes—derechos que parecen grabados en la naturaleza de las cosas y en cada individuo se desvaneciesen al contacto con los demás, deducción a todas luces irracional. El papel de una sociedad civil movilizada libremente remediando dolores y evitando nuevas fuentes de desgracia era fundamental para Concepción Arenal que desarrolló todo un sentido muy moderno de las alianzas de humanidad basadas en el sentimiento fraternal y en el avance de la ciencia <sup>25</sup>.

Pero, si Concepción Arenal tomaba muy en cuenta los postulados del primer liberalismo que confiaba a la iniciativa privada los mecanismos conducentes al progreso, no pensaba que fuese la única energía a liberar para producir las necesarias armonías capaces de establecer la justicia. La sociedad por sí misma puede atenuar ciertas carencias pero se revela incapaz de dar soluciones totales, pues a las iniciativas benéficas de unos se oponen intereses particulares de otros. La sociedad civil además carece de los medios propios de otras instituciones. Por eso Concepción Arenal vio también con nitidez la función reguladora del Estado que sin inmiscuirse en el

---

<sup>23</sup> Esta perspectiva tiene hoy interés cuando se trata de fundamentar los derechos humanos, introduciendo el concepto de «necesidad» para «el pleno desarrollo de la dignidad humana», FERNÁNDEZ, E., *Teoría de la Justicia y derechos humanos*, Madrid, Debate, 1984, pp. 77-82.

<sup>24</sup> ARENAL, C., *Memoria sobre igualdad*, obras completas, t. XVII, 1898, pp. 132-133.

<sup>25</sup> La memoria histórica ha olvidado en buena medida las intenciones organicistas de Concepción Arenal y su entronque en el liberalismo europeo. A modo de sugerencia preliminar en este nuevo sentido: LACALZADA, M. J., «La fraternité utopie pendant le XIX<sup>ème</sup> siècle», en *La fraternité ciment de la république*, Actes du IV Symposium internationale, Mulhouse, 1992.

derecho a la libertad de los ciudadanos fuese capaz de orientar las fuerzas hacia la justicia y el papel de la Iglesia que alejándose del poder político y atendiendo a su misión evangélica canalizase desde la sociedad el sentimiento de la fraternidad <sup>26</sup>.

Las relaciones entre sociedad civil y Estado resultaban en el siglo XIX uno de los principales problemas para aquilatar los regímenes constitucionales <sup>27</sup>. Concepción Arenal y sus amigos de la Institución Libre de Enseñanza no estaban dispuestos a que el Estado suplantase libertades individuales como había sucedido en el antiguo régimen, pero reconocían al mismo tiempo que el absentismo favorecía la opresión y el privilegio para los más fuertes y osados. En medio de aquel debate científico-jurídico <sup>28</sup>, Concepción Arenal escribía categórica en *La instrucción del pueblo*: «Lo que hay que desear es que el Estado haga lo menos posible de aquello que es preciso hacer y que sin su intervención se hace bien; lo que hay que temer es que lo necesario no lo haga nadie; o lo haga quien lo hace peor» <sup>29</sup>.

Concepción Arenal era bien consciente de la dimensión civil y pública del Estado que se estaba construyendo con la revolución liberal, cuando reclamaba de él una acción protectora de los derechos de todos los ciudadanos «ya promulgando leyes, ya reformando una administración cuyos abusos hacen imposible toda prosperidad y toda justicia» <sup>30</sup>. El paso al intervencionismo estatal aparece en Concepción Arenal como un desarrollo lógico de los mismos principios que tienen origen en la ilustración. Llegados a un umbral de civilización se imponía la acción mediadora del Estado favoreciendo la elevación del nivel intelectual y moral como vía natural para limitar la esfera de la fuer-

---

<sup>26</sup> Escribió *Dios y libertad* en 1858, llamando a armonizar en la esfera del bien común los intereses encontrados por la lucha política entre los partidarios de la Iglesia y los de la Revolución. Aunque la memoria quedó inédita ella continuó en esta empresa a lo largo de su vida.

<sup>27</sup> Gumersindo de Azcárate en 1873 veía hecha la revolución política bajo el signo de la libertad, pero estaba pendiente una nueva fase que no podía realizarse desde el Estado, para no retroceder a posiciones absolutistas, sino «posibilitando que la sociedad por sí misma se organice y constituya»: AZCÁRATE, G., «El problema social de ayer y el de hoy», en *Revista de la Universidad de Madrid*, octubre 1873, núm. 4, ver pp. 473-475.

<sup>28</sup> Ella estaba en la línea organicista defendida por Giner de los Ríos frente a absolutistas, individualistas y positivistas, queriendo que el Estado dejase libertad y autonomía a las restantes instituciones, sin atribuirse funciones que no le correspondían, pero sin inhibirse de la suya como «órgano de la realización y conservación del derecho»: LÓPEZ MORILLAS, J., *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Giner de los Ríos*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 107-111.

<sup>29</sup> ARENAL, C., *La instrucción del pueblo*, op. cit., 1881, p. 57.

<sup>30</sup> ARENAL, C., *El pauperismo*, op. cit., obras completas, t. XVI, 1897, se refería en esta ocasión al aspecto del trabajo, p. 75.

za y ampliar la del derecho <sup>31</sup>. Una medida fundamental era declarar obligatoria la instrucción ya que, según argumentaba Concepción Arenal, «la ignorancia no se penetra fácilmente que el instruirse sea una obligación» y por eso era preciso imponerla a muchas personas «como deber legal antes que como moral la hayan reconocido». Ahora bien teniendo en cuenta que si se carecía de los medios necesarios, al mismo tiempo que la ley se promovía el delito <sup>32</sup>.

Asimismo, el respeto a la vida humana comenzaba por evitar enfermedades, mutilaciones, riesgos, muertes prematuras que no tenían su origen en la naturaleza sino en las malas condiciones del trabajo. La libre iniciativa empresarial, la libertad de contrato no estaban produciendo las necesarias armonías y Concepción Arenal exponía en este sentido: «Un hombre está abrumado de trabajo en una industria o empresa que deja grandes ganancias; esto es público, fácil de probar, y no obstante, el trabajador tiene que aceptar condiciones duras, inicuas, porque otros diez, otros ciento, otros mil, las aceptarán si él las rechaza. ¿No es en estos casos de toda necesidad y de toda justicia que la ley diga: no se trabajará más de diez o doce horas?»...«¿No es de urgencia y de estricta justicia que el Estado, que hace una concesión la cual constituye el monopolio de una empresa; que sabe y puede justificar que esta empresa realiza grandes ganancias, ponga coto a su codicia inhumana y proteja a esos hombres a esos niños, de modo que tengan tiempo para el necesario descanso?» <sup>33</sup>.

### **c) La elaboración de las leyes y la aplicación de la justicia**

Concepción Arenal, que conocía bien a Montesquieu, creía que el papel del legislador no estaba tanto en crear normas, cuanto descubrir aquellas que están en la naturaleza y traducirlas en fórmulas jurídicas que vayan favoreciendo los movimientos hacia la justicia <sup>34</sup>. La ley debe conciliar las necesida-

---

<sup>31</sup> Era el mismo sentido de Estado que por entonces preocupaba a Giner de los Ríos y desarrolló Adolfo Posada: LAPORTA, F. J., «Adolfo Posada: Política y sociología en la crisis del liberalismo español», *Cuadernos para el Diálogo*, Madrid, 1974, pp. 91-99.

<sup>32</sup> ARENAL, C., *La instrucción del pueblo*, op. cit., 1881, «Del deber moral y del deber legal de instruirse», cap. II, pp. 31-34.

<sup>33</sup> ARENAL, C., *El pauperismo*, op. cit., obras completas, t. XVI, 1897, pp. 72-73. Este tipo de reflexiones sobre «Las víctimas del trabajo» habían comenzado desde los años setenta en *La voz de la caridad*, puede verse, por ejemplo los artículos publicados, respectivamente, en febrero y marzo de 1876, en ARENAL, C., *Artículos sobre beneficencia y prisiones*, obras completas, t. XX, 1900, pp. 199-200 y pp. 209-215.

<sup>34</sup> IGLESIAS, C., *El pensamiento de Montesquieu*, Madrid, Alianza, 1984. Ver, por ejemplo, el sentido naturalista en el espíritu de las leyes, pp. 298-321. Sobre su influencia en la filosofía de los derechos humanos: PECES-BARBA, G., *Derecho y derechos fundamentales*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1993, pp. 61-67.

des del mayor número. Así es como la ley se convierte en un exponente de la razón humana que se manifiesta por la voluntad general y se expresa por los representantes del pueblo. Existía cierta divinización de la Ley entre los sustentos doctrinales del liberalismo dispuestos a asegurar la parte civil y a desvincularse del poder clerical <sup>35</sup>, que Concepción Arenal parece tener bien asumida.

«La Ley es la expresión de la voluntad general», afirmaba el artículo 6º de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano de 1789, añadiendo a continuación el derecho de todos los ciudadanos a participar en su formación por medio de representantes. Concepción Arenal iba más lejos cuando intentaba formar opinión pública para presionar en el poder legislativo. Ella creía que el legislador debía contar con el «elemento libre», según expuso en una carta al Director general de la Administración de prisiones españolas, que fue difundida entre los miembros de la Société Generale de Prisons <sup>36</sup>. Estaba dentro de una polémica planteada a nivel internacional para calibrar hasta donde era lícito contar con los estudios y experiencias de las asociaciones filantrópicas y con la participación de los intelectuales en la elaboración de las leyes.

Concepción Arenal asistió muy de cerca al desmantelamiento de los restos del antiguo régimen una vez que murió Fernando VII, a la fundamentación del Estado liberal bajo la corona de Isabel II, al reacomodo de fuerzas políticas entre 1868 y 1874 y al nuevo asentamiento del liberalismo en el reinado de Alfonso XII y durante los primeros años de la regencia de María Cristina. La escala de valores que traía el liberalismo tenía muy en cuenta el triunfo de la libre iniciativa y el criterio de utilidad social, como réplica a los privilegios del estamento nobiliario y a las justificaciones teocéntricas de la Iglesia. Además la aspiración al orden público fue tomando relevancia en las necesidades de una clase burguesa que a duras penas había conseguido el necesario impulso económico cuando estaba viendo amenazada su estabilidad por las presiones venidas desde el proletariado.

Concepción Arenal, conocedora tanto de los principios filosóficos como de los resortes prácticos que movían a sus contemporáneos, intentaba formar opinión inclinando la libre iniciativa en función del bien común, el criterio de

<sup>35</sup> BURDEAU, G., *Le liberalisme*, Ed. Seuil, 1979, pp. 65-66.

<sup>36</sup> *Bulletin de la Société Generale des prisons*, núm. 4, abril 1883. «Quand il s'agit de science et d'humanité, l'on ne saurait admettre deux éléments, l'un officiel et d'autre libre, parce que, dans l'administration, il y a beaucoup d'hommes de cœur et d'intelligence, et hors d'elle aussi: ce qu'il faut pour activer la réforme pénitentiaire, c'est le concours harmonieux de tous», pp. 468-475.

utilidad hacia la equidad y abogando por conseguir el orden público mediante la armonía de los intereses. Tenía por seguro que todo orden basado en arbitrariedades o privilegios y sostenido por la fuerza era violento e inestable <sup>37</sup>. Ella misma tuvo también ocasión de redactar algún proyecto de ley y se prestó solícita a criticar otros ante la opinión pública. Siempre la encontraremos contemplando en esta empresa los niveles inmediatos de la posibilidad y utilidad social y el ético de inclinar las normas hacia la justicia <sup>38</sup>.

Concepción Arenal quería despertar la sensibilidad humanitaria e implicar a sus contemporáneos en la defensa de los más débiles. Entre los derechos de quienes peor pueden defenderse a sí mismos estaban los de los menores a la vida digna, a la educación moral, a recibir instrucción... etc. En su libro *El Pauperismo* dedicó un capítulo a exponer cómo estos derechos eran violentados y ultrajados desde la casa, la calle, la escuela, en los talleres y demás trabajos, en medio de la complicidad de todos. Ella se preguntaba retadora: «¿dónde está el espíritu de una sociedad que parece no cuidar (cuando cuida) más que de cosas materiales? Espíritu tendrá sin duda pero aletargado, obscurecido por las tinieblas de la ignorancia, y envuelto por la nube que forman las emanaciones de sus vicios»... «Y culpables son todos los que pueden y deben poner remedio a tan grave mal, es decir, las clases acomodadas, que no sabemos por qué se llaman *directoras*, mereciendo más bien en este caso y otros, la calificación de *extraviadoras*» <sup>39</sup>.

¿Se había dado algún paso para proteger el trabajo del niño? «Si, hay una sociedad que no prospera y una ley que no se cumple», señalaba refiriéndose a la decretada por las Cortes Constituyentes en 1873. Así las cosas muy mal podían romperse en España aquellos círculos de miseria entre la conciencia pública, las instituciones y las leyes. «Cuando la injusticia se enseñorea de

---

<sup>37</sup> Exponente de esta actitud es su folleto *A todos*, que comienza proponiendo al lector «la cuestión de disminuir las probabilidades de que te roben o te asesinen» y termina con esa especie de lamento y sentencia racionalista: «¡Desdichado pueblo en que la última de las necesidades es la justicia! Ella cobrará en lágrimas y sangre el terrible rédito de las sumas que se le han negado».

<sup>38</sup> Ver, por ejemplo: ARENAL, C., «Examen de las bases aprobadas por las Cortes para la reforma de las prisiones», *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, octubre 1869; ARENAL, C., «Bases para una ley de beneficencia», *Artículos sobre beneficencia y prisiones*, obras completas, t. XVIII, pp. 169-181.

<sup>39</sup> Repartir las responsabilidades sociales en proporción con los medios estaba en la misma línea del reformismo liberal europeo que refleja, por ejemplo: AZCÁRATE, G., «Deberes y responsabilidades de la riqueza», discurso pronunciado el 11 de enero de 1892 en el Ateneo de Madrid, recogido en *Estudios sociales*, Madrid, 1933. Se refería precisamente a *La cuestión social*, de Concepción Arenal, como «un tratado de moral social, con aplicación a las relaciones entre capitalistas y obreros, el mejor y más completo que conozco», pp. 153-154.



una sociedad, la justicia aparece como visión divina a unos pocos; pero a medida que los visionarios aumentan, el sueño se convierte en aspiración y después en realidad». Más allá de nuestras fronteras en países como Inglaterra, Francia, Suiza, Alemania y Estados Unidos la sociedad civil desarrollaba asociaciones y ligas, los municipios, la policía, los magistrados, las parroquias... etc., podían coordinarse en una empresa benéfica común, denotando en definitiva un nivel intelectual y moral más elevado que el español. Ella exponía aquellas pruebas empíricas pues «así los imposibilitas, si alguno nos leyere, al exclamar: ¡Es imposible!, tendrán que añadir: *En España*; con lo cual, localizando la imposibilidad, la exclamación viene a ser equivalente a esta frase: cosas que no son absurdas sino entre gentes que no son buenas» <sup>40</sup>.

Estando por elaborarse una «Ley de dementes» y habiendo sido encargado algún trabajo preparatorio a un médico que dirigía un manicomio, salió al paso Concepción Arenal desde *La Voz de la caridad* mostrando sus temores de que se desvirtuase el sentido racional que toda ley debía de tener. Presentía que no se iban a tener en cuenta los derechos de quienes, a veces sin causa suficiente, eran declarados dementes. Así hacía notar que una ley de esas características no tenía que resolver «problemas terapéuticos sino jurídicos» ... «Se necesita, pues, filosofía del derecho, y no patología ni materia médica». Era preciso, entre otras cosas, graduar niveles y aspectos de la enajenación y sobre todo hacer «imposible que sea declarado loco uno que no lo esté». Era esta la «injusticia más cruel» que podía cometerse. No había «muerte más horrible, más traidora, más infame que la dada a un ser racional en quien se mata la libertad, el derecho, el respeto, la personalidad toda, en fin secuestrándole del mundo de la inteligencia y de la conciencia» <sup>41</sup>.

Entre las contradicciones del individualismo liberal estaba haber proclamado los derechos a la libertad y a la vida sobreentendiendo que en sociedad se encuentran los medios para satisfacerlos cuando en la práctica eran negados a grandes masas los medios más elementales para la supervivencia material, moral e intelectual. «¿Y que condiciones llevan al combate esas masas desheredadas que, miserables, tienen que luchar con la riqueza, ignorantes con la ciencia, embrutecidas y degradadas, con los entendimientos que se elevan a las mayores alturas intelectuales?» ... «Hay ciencia; no puede adquirirla. Hay prosperidad; no participa de ella. Hay derechos; los suyos están mermados,

<sup>40</sup> ARENAL, C., *El pauperismo*, op. cit., obras completas, t. XVI, 1897, cap. XIX: «Los niños», pp. 93-216.

<sup>41</sup> ARENAL, C., *Artículos sobre beneficencia y prisiones*, obras completas, t. XX, 1900, pp. 21-26.

por las leyes, o por su incapacidad de utilizarlos. Hay poesía; para él sólo existe la prosa de una realidad abrumadora» ... «Penélope destejía por la noche lo que tejía por el día; la sociedad deshace con frecuencia con una mano lo que ha hecho con la otra, y despliega grandes recursos y esfuerzos para levantar a los mismos que arroja por tierra» ... «Hay que aspirar a que nadie esté bajo esa línea sujeto a esa presión abrumadora; y que si hay algunos sean individuos por culpa suya, y no masas, por complidad social»<sup>42</sup>.

A la beneficencia correspondía salvar estos desniveles, pero aquí se añadían nuevos problemas ya que las iniciativas libres de la sociedad civil mal se desligaban de las luchas confesionales que llevaba consigo el proceso de secularización de esta competencia tradicionalmente en manos de la iglesia. El Estado por su parte se limitaba en este ramo a recoger en ley ciertas consignas liberales cuya materialización era imposible en la práctica<sup>43</sup>. Los artículos «La ley y la beneficencia» publicados en *La Voz de la caridad* por Concepción Arenal manifestaban que la ley de beneficencia de 10 de junio de 1849 y su reglamento de 14 de mayo de 1852 incurría en contradicciones entre lo que proponía y los medios para cumplirlo. La centralización administrativa creaba un espacio de vacío entre los recursos y las personas a socorrer. El tono de la ley no era imperativo y el «se procurará» dejaba abiertas las puertas a que no se hiciese nada. Así sucedía que el socorro llegaba en malas condiciones y la conciencia pública quedaba satisfecha bajo las apariencias<sup>44</sup>.

«Toda ley debe ser la expresión de la justicia reconocida en el pueblo donde se promulga, y que comprende su conveniencia o su necesidad», indicaba en su preámbulo a la ley de beneficencia. ¿Y qué sucedía con las leyes de beneficencia?, que existía todo un sentido desviado de la justicia por el que se había confundido el «socorro con la limosna, el deber moral con el deber legal» y así la conciencia pública comprendía el derecho a la vida y «se sublevaría si viera abandonados y expirantes en las plazas a los enfer-

---

<sup>42</sup> ARENAL, C., «Miserables y opulentos», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, núm. 363, 31 de marzo de 1892, pp. 101-108. Era un avance de un trabajo más amplio en el que matizaba la cuestión de la libertad en relación con la igualdad: ARENAL, C., *El pauperismo*, op. cit., obras completas, t. XV y t. XVI, 1897, y ARENAL, C., *Memoria sobre la igualdad*, obras completas, t. XVII, 1898.

<sup>43</sup> Ya había puesto las bases para que Iglesia, Estado y sociedad civil se complementasen en ARENAL, C., *La beneficencia, la filantropía, la caridad*, Madrid, Imp. Colegio de Sordomudos y de Ciegos, 1861. «Al dar a la beneficencia la organización conveniente, la razón debe estar representada por el Estado, el sentimiento de las asociaciones filantrópicas, el instinto por la caridad individual: he aquí los tres elementos que combinados deben producir la armonía», p. 75.

<sup>44</sup> ARENAL, C., *Artículos sobre beneficencia y prisiones*, obras completas, t. XVIII, pp. 63-77, 77-86 y 86-96.

mos de los hospitales y los niños de las inclusas», pero se desentendía de la suerte de todos ellos antes leyes que sólo en apariencia daban respuesta las necesidades.

Intentaba Concepción Arenal que no se tomaran las cuestiones de beneficencia como voluntarias o relativas solo a la conciencia de los creyentes, sino como un interés público más. Para ella estaba llegando el tiempo de que el Estado diese a las necesidades que atañían a los marginales la misma cobertura que a las cuestiones defendidas por otros grupos con más poder. Su intención era que el derecho «a la vida de todo hombre» comprendido en la conciencia por la mayoría se filtrase en las leyes y fuese respetado y garantizado eficazmente en la sociedad <sup>45</sup>. Según argumentaba en aquella ocasión: «La *limosna*, aquel auxilio más o menos beneficioso para el desvalido, pero no absolutamente necesario, es *voluntaria*. El *socorro*, aquel auxilio sin el cual es desvalido sucumbiría, es *obligatorio*. La ley de beneficencia que se funda en este principio, no parte de la *caridad*, sino de la *justicia*, y es obligatorio tanto como cualquiera otra ley, y sus infracciones deben penarse severamente» <sup>46</sup>.

Si a la hora de hacer valer los derechos humanos en el legislativo y el ejecutivo el cuerpo social se movía entre intuiciones de razón e impulsos de pasión, al llegar al poder judicial parecía descansar conteniendo por la fuerza, como si al caer en el delito desapareciese la condición de ciudadano, de persona y hasta de hijo de Dios. «Yo no soy de los que creen que un hombre condenado a presidio no es un hombre ya; que no merece en nada la consideración que debemos a nuestros semejantes, ni puede ser tratado como un ser racional», había escrito Concepción Arenal en 1865 en sus *Cartas a los delinquentes* y añadía provocativamente: «Yo os considero como hombres como criaturas susceptibles de pensar y de sentir, como hermanos míos, hijos de Dios formados a su imagen y semejanza, y a quienes la huella de la culpa no ha podido borrar su noble origen» <sup>47</sup>.

<sup>45</sup> Es la actitud que refleja Adolfo Posada cuando afirma: «la Declaración de Derechos entraña el supuesto de una vida jurídica propia de la persona individual, y el no menos importante de la afirmación de esta vida en el Estado que no *puede* suprimirla, ahogarla ni restringirla». Les interesaba defender frente a los positivistas que los derechos fundamentales debe garantizarlos el «contrato social», es decir, el Estado, por el bien de todos, pero no es el Estado quien los concede: JELLIKEK, G.; BOUTMY, E.; DOUMEGUE, E.; POSADA, A. (Ed. Jesús AMUCHASTEGUI), *Orígenes de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano*, Madrid, Editora Nacional, 1984, pp. 231-234.

<sup>46</sup> ARENAL, C., *Artículos sobre beneficencia y prisiones*, obras completas, t. XIX, 1900, pp. 236-246. Transcripción de la ley, pp. 246-286.

<sup>47</sup> ARENAL, C., *Cartas a los delinquentes* (1865), *op. cit.*, obras completas, t. III, 1894, p. 17. Había manifestado en el prólogo: «Sobre esto hay diferentes opiniones. La nuestra es que los criminales son personas y no son cosas».

Concepción Arenal dio buenas muestras a lo largo de su vida de estar dispuesta a respetar la dignidad humana en las cárceles y penitenciarias, empezando por desterrar el «abuso desdichado» que se hacía de la prisión preventiva. «¿Por qué se ha de privar de libertad al supuesto reo de un delito leve? ¿Qué derecho hay para imponer una pena dura por mera presunción? Cuando la sociedad le dice a un preso –vete a la calle, me he equivocado, estás inocente–. ¿Con qué indemniza del borrón de haber estado en la cárcel y de las amarguras que allí pasó? Visitando las casas de locos, ¿no suele verse alguno que lo está por haberse visto confundido en la cárcel con los ladrones y los asesinos, el que era inocente y caballero pero pobre para comprarse el triste consuelo de estar solo?» ... «La dignidad del hombre es el principal elemento de su regeneración, y debe respetarse y custodiarse como una chispa de fuego sagrado que puede purificarle algún día» <sup>48</sup>.

También llamó la atención sobre el respeto a la vida en todo lo que circunda a las cárceles y penitenciarias. Sus denuncias fueron en múltiples direcciones: la manera en que los presuntos delincuentes –que muchas veces no llegaban vivos ante el juez–, eran «cazados» por la Guardia Civil; los traslados de prisioneros en condiciones inhumanas, tantas veces con la consigna en voz baja de que no llegasen a su destino... ¿Y qué decir de los hijos menores de las madres presas? Pues, «qué menos se ha de dar al que con evidencia es inocente; qué menos puede pedir el que, sin culpa, participa del cautiverio de su madre, que lo necesario para que su salud no se altere o no peligre su vida?» <sup>49</sup>.

La obra de Concepción Arenal sobre derecho penal y penitenciario está plagada de alusiones a derechos humanos individuales tales como: a la vida, a la dignidad, a no ser humillado ni atormentado, a la intimidad <sup>50</sup>, a aceptar o no a un visitador, a la libertad de conciencia... etc. Nadie discute su inscripción en una corriente humanizadora del derecho penal y penitenciario. Estaba dispuesta además a sostener que el delito es un fallo en el conocimiento o en la voluntad. Esto suponía que en la pena debía ser contemplado el derecho de quien ha delinquido a ser informado y orientado moralmente e incluso a recibir mientras la cumple medios para su reinserción social posterior. Concepción Arenal iba aún más lejos reconociendo una parte de responsabilidad moral en

---

<sup>48</sup> ARENAL, C., *A todos*, Madrid, Imp. de la Revista de Legislación, 1869, pp. 24 y 28. Publicado también como artículo «Sobre la reforma de los establecimientos penales», en *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, 1869, pp. 1-27.

<sup>49</sup> ARENAL, C., *Estudios penitenciarios* (1895), pp. 93-99.

<sup>50</sup> Por ejemplo, denuncia la costumbre de espiar a los presos, sin que éstos pudieran ver al vigilante, como «atentatoria a la dignidad humana, y cruel sin apariencia de serlo», *Estudios penitenciarios*, obras completas, t. VI, 1895, p. 77.

todo delincuente, pero poniendo en evidencia también la parte de responsabilidad social <sup>51</sup>.

El Estado, garantizador de la soberanía ciudadana y la sociedad civil que debe ejercerla directamente, estaban obligados moralmente a facilitar los medios a quienes tenían impedimentos. Una y otro estaban por ir perfilando sus atribuciones y participación para que ese deber moral de regeneración y reinserción social de quienes han pasado por los tribunales de justicia fuese legal. Así Concepción Arenal escribía categórica: «La sociedad *toda* debe contribuir pecuniariamente a los gastos de la justicia, porque *toda* contribuye moralmente a hacerlos necesarios». Y añadía a renglón seguido: «No es, pues, facultativa, sino obligatoria, la reforma de las prisiones; no se hace con ella una gracia, ni una obra de caridad, sino que se cumple un deber; y ningún destino puede darse al impuesto más necesario, ni, hablando en conciencia más urgente» <sup>52</sup>.

La igualdad ante la ley forma parte de la concepción de Estado traída por la revolución liberal. Era necesario erradicar los fueros especiales, los privilegios y las ambigüedades legales tras las que estos podían renacer. El «derecho de gracia» fue una de las cuestiones planteadas en medio de aquel esfuerzo por racionalizar las normas y objetivar el derecho. Concepción Arenal era tajante: «El pueblo, que ve tranquilo la injusticia de los Códigos porque fía en las compensaciones de la arbitrariedad, se parece a los viajeros que se duermen bajo los árboles cuya sombra mata. Es subversivo de toda idea de justicia el que haya poder alguno superior a la Ley, a aquella regla siempre la misma e igual para todos los que se hallan en iguales circunstancias; y como al cabo la idea que se tiene de la justicia viene a ser su norma, el derecho de gracia llega a ser una concausa permanente de extravío en materia jurídica» <sup>53</sup>.

#### **d) La esfera superior del Derecho**

El sistema jurídico, las normativas legales objetivadas en un tiempo histórico determinado son para Concepción Arenal expresión del grado de cono-

---

<sup>51</sup> Puede verse: LACALZADA, M. J., «La reforma penitenciaria entre la ilustración y el organicismo social. Concepción Arenal», *Estudios penales y criminológicos*, Univ. de Santiago, t. XVI, 1993, pp. 151-205, y LACALZADA, M. J., «El reo, el pueblo y la justicia. Reflexiones a partir de Concepción Arenal», *Revista de Servicios sociales y Política social*, Madrid, Consejo General de Diplomados en Trabajo Social, 1993, núm. 29, pp. 73-75.

<sup>52</sup> ARENAL, C., *Estudios penitenciarios*, op. cit., obras completas, t. V, 1895, p. 357.

<sup>53</sup> ARENAL, C., *El derecho de gracia ante la justicia*, Madrid, La España Moderna, S/F, p. 134.

cimientos y evolución moral alcanzado por una sociedad. Las leyes para ella resultan en buena medida exponente del nivel de moralidad de los pueblos, pero el derecho para ella no es tanto el conjunto de disposiciones formales cuanto el impulso hacia la Justicia. Por eso indicaba con claridad en su *Ensayo sobre el derecho de gentes*: «reflexiónese que no puede llamarse derecho aquel de que se excluye a los débiles, ni ley la que se da por los que tienen la fuerza, sin oír a los que tienen la razón, o pueden tenerla». Y por eso para ella la legitimidad del derecho internacional «no está en las bayonetas sino en la conciencia humana. El derecho de gentes no ha sido, no es, no puerder ser coacción, sino armonía: existe en la medida en que concurren a él los sentimientos elevados, las ideas exactas, los intereses bien entendidos...»<sup>54</sup>.

Existe tácitamente cierto poder superior a las leyes para Concepción Arenal: la fuerza del Derecho entendida como una especie de gravitación del mundo moral. Entendamos que este poder no está referido al orden sobrenatural de un Dios, ni a la decisión de un monarca, ni a la voluntad de un pueblo sino a ciertas leyes impresas en la Naturaleza de las cosas que no por desconocerlas dejan de imponerse irremisiblemente. La justicia resulta en el pensamiento de Concepción Arenal una espada de Damocles que pende sobre las leyes positivas y su aplicación en cada momento concreto en la evolución de la humanidad. Asumida la realidad de perfectibilidad «debe el hombre realizar la justicia como la comprende, y hacer lo que esté en su mano para comprenderla bien...». El derecho positivo para Concepción Arenal no debe entrar en contradicción con las disposiciones naturales que encaminan hacia el bien y así llegó a escribir taxativa en este sentido: «Las leyes obligan en conciencia cuando no mandan cosa contra la conciencia»<sup>55</sup>.

El sentido iusnaturalista que puede sugerir la obra de Concepción Arenal no se aproximaría a la derivación neotomista en cuanto lleve consigo cierta sacralización del derecho natural susceptible de justificar para la Iglesia como institución supremacías sobre las restantes esferas de la vida pública llamadas a complementarse y tampoco a la derivación racionalista en cuanto colocase atribuciones semejantes en el Estado<sup>56</sup>. La soberanía de la conciencia humana,

<sup>54</sup> ARENAL, C., *Ensayo sobre el derecho de gentes* (Biblioteca Jurídica de Autores Españoles, 1879), obras completas, T. IX, 1895, pp. 77-79 y p. 535. La guerra mal podía ser origen de derechos, «por tener entendido que el origen del derecho es la justicia. ¿No dice Bluntschli que en la guerra triunfa generalmente el más fuerte y no el que tiene razón?, pp. 90-93.

<sup>55</sup> ARENAL, C., *La instrucción del pueblo*, op. cit., 1881, pp. 32 y 38.

<sup>56</sup> Con la reforma religiosa se quiebra de la concepción clásica del Derecho natural apareciendo un ilusnaturalismo racionalista: PECES-BARBA, G., *Tránsito a la modernidad...*, op. cit., 1982, pp. 98-102. PECES-BARBA, G., *Derecho y derechos fundamentales*, op. cit., 1993, pp. 326-351.

su capacidad de autodeterminación en función de su destino racional es lo que intentará defender Concepción Arenal de la injerencia de cualquier otro poder externo que pudiera violentarla, ya sea en nombre de Dios del César como de la Revolución.

A la vez que Concepción Arenal tiene claros ciertos horizontes teleológicos en la perfectibilidad humana como origen de derechos y dirección final que imprimir a las leyes, no por ello deja de tener en cuenta la realidad inmediata y las posibilidades reales de materialización en el sistema. Por eso aparece en ella también cierto relativismo historicista por el que entiende el desarrollo de los derechos humanos viene condicionado a lo largo del tiempo por las necesidades y los medios de resolverlas que existen en cada sociedad <sup>57</sup>.

El discurso de Concepción Arenal proporciona vías de armonía entre escuelas que tradicionalmente vienen marcando diferencias. Creo que para ella el derecho natural y el positivo aparecen encontrados en estadios oscuros y pasionales del desarrollo de la humanidad en los que priman niveles de opresión y violencia destructivos de las leyes de la armonía universal; pero, las leyes naturales y las escritas están llamadas a la convergencia a medida que las personas controlen sus apetitos desordenados y entren en posesión de sus capacidades más nobles. El derecho para ella como para su amigo Francisco Giner, no debían convertirse en una forma de coacción exterior sobre las necesidades del individuo para cumplir las expectativas naturales que gradualmente le encaminan hacia la verdad, la virtud, la bondad y la belleza <sup>58</sup>. Como dice Elías Díaz analizando el sentido del derecho de Giner de los Ríos: «el Derecho positivo será así auténtico derecho en la medida en que sea justo» <sup>59</sup>.

La esfera del Derecho se va agrandando en la historia de la humanidad conforme se van interiorizando en las conciencias las leyes del mundo físico, moral e intelectual. Y por eso escribía Concepción Arenal: «No sólo el derecho no puede separarse de la moral sino que el progreso consiste en que se unan cada vez más íntimamente». Sólo en cuanto se van ampliando los niveles de soberanía racional son posibles las armonías estables, disminuyendo

<sup>57</sup> Sobre las diferentes posiciones FERNÁNDEZ, E., *Teoría de la Justicia...*, op. cit., 1984. PÉREZ LUÑO, A., *Derechos Humanos. Estado de Derecho y Constitución*, Madrid, Tecnos, 1984, pp. 52-62 y pp. 132-183.

<sup>58</sup> Armonizar la actitud iusnaturalista y el positivismo sigue siendo hoy un reto importante para filosofía del Derecho: PECES-BARBA, G., *Escritos sobre derechos fundamentales*, op. cit., 1988, p. 85 y PECES-BARBA, G., *Derecho y derechos fundamentales*, op. cit., 1993, sobre «seguridad jurídica», pp. 264-279. Ver MUGUERZA, J. (y otros autores) *El fundamento de los derechos humanos*, Madrid. Debate, 1989.

<sup>59</sup> DÍAZ, E., *La filosofía social del Krausismo español*, Valencia, Fernando Torres, 1983, pp. 77-92, pp. 94-95 y 99-109.

por tanto la necesidad y la posibilidad de fuerzas coactivas exteriores para garantizar el orden o en nuestro caso para salvar los derechos humanos. «El ideal de una sociedad –para Concepción Arenal– sería que todos los individuos que la componen, comprendiendo perfectamente sus deberes, los cumplieran sin coacción alguna, de modo que no hubiese necesidad de leyes ni de tribunales que las aplicasen, ni fuerza pública para apoyarlas. En ese caso no habría distinción entre el deber moral y el deber legal, siendo entrambos igualmente obligatorios, y voluntariamente aceptados y cumplidos» <sup>60</sup>.

### **Epílogo: Entre las declaraciones y el reconocimiento de los derechos humanos**

Concepción Arenal parece bien identificada con el sentido neutral naturalista y espiritualista que recogen las declaraciones de derechos humanos hechas a finales del siglo XVIII y que a la vez consideró muy necesaria su objetivación en las leyes de los Estados liberales, ya fuesen quedando los derechos fundamentales expresados en axiomas concretos como que al legislar se tuviese en cuenta ese mismo sentido humanista de fondo. Concepción Arenal estaba atenta a una tercera dimensión, pues entre la objetivación en la ley de los derechos y su reconocimiento en el seno de la sociedad puede quedar un espacio vacío que llegue a neutralizarlos: «Las instituciones que borran los privilegios y dan iguales derechos a todos los ciudadanos favorecen seguramente los sentimientos benévolos y humanitarios; pero no hay que confiar demasiado en ellas ni hacerse ilusiones sobre su eficacia, porque la igualdad civil y política promulgada por un Código, prepara más no realiza inmediatamente la semejanza moral e intelectual de los ciudadanos» <sup>61</sup>.

Si en último extremo para Concepción Arenal es el nivel moral de las personas el que marca las relaciones que estas entablan con la naturaleza, en sociedad, en la producción... etc., y con ello los sistemas políticos y jurídicos, las mejores teorías y hasta la formulación en las leyes pueden decaer si la ciencia, la virtud y la sensibilidad humanitaria están poco extendidas. Sería como levantar un edificio sin cimientos, susceptible de desplomarse por la

---

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 23. Sobre la proyección actual de esta actitud puede verse el planteamiento de GUI-SAN, E., «Razones morales para obedecer al Derecho», *Anales de la cátedra de Francisco Suárez*, Monográfico *Derecho y Moral*, número 28, 1988, pp. 131-153.

<sup>61</sup> ARENAL, C., *Cartas a un obrero*, op. cit., obras completas, T. VII, p. 209.



fuerza de la gravedad y en este tono preguntaba: «¿De qué le sirvieron a Esparta corrompida las leyes de Licurgo, ni a Roma degradada las disposiciones igualitarias de sus emperadores?»<sup>62</sup>.

Es decir, existe una relación dialéctica insoslayable entre las leyes, las instituciones y el nivel moral de los pueblos. Por eso una vez que se habían puesto las bases filosóficas y jurídicas a un sistema representativo, la tarea fundamental a emprender para ella estaba dentro de las conciencias. «Es imposible que sea buena la administración de justicia, si la justicia no es comprendida, sentida, practicada por la generalidad. El juez y la Guardia Civil no son más que instrumentos de la conciencia pública formulada en ley, que es letra muerta, cuando no existen en las almas los sentimientos que pueden darle vida; *mens agitat molem*; cuando el espíritu no está pronto, la materia queda inerte»<sup>63</sup>.

La actitud de respeto a los derechos humanos que Concepción Arenal intenta promover en su época es liberal en cuanto salva la capacidad de autodeterminación, pero no entra en el ámbito del individualismo, el utilitarismo ni el positivismo formalista en cuanto va dirigida hacia la solidaridad, la equidad y la posibilidad de cambio en función de las necesidades que se van planteando en el desarrollo integral de las personas y de los pueblos. El sentido de elevación del género humano que apunta en la obra de Concepción Arenal sugiere una moral basada en principios universales que elimina la posibilidad de que las diferencias por cuestiones de raza, sexo, nación o religión sirvan de pretexto para el enfrentamiento, la opresión o el exterminio.

El humanismo liberal, organicista y progresista de Concepción Arenal queda tramado en la dimensión religiosa<sup>64</sup> concebida como un instinto natural, brújula hacia la emancipación en cuanto está en armonía con las leyes

<sup>62</sup> ARENAL, C., *Memoria sobre la igualdad*, op. cit., obras completas, T. XVII, pp. 211-212.

<sup>63</sup> ARENAL, C., *Estudios penitenciarios*, op. cit., obras completas, T. VI, p. 196. Es esta la vía natural para progresar hacia la democracia que reaparecerá en Fernando de los Ríos intentando cimentar el socialismo «en la vida interior del hombre y en la de la sociedad. El socialismo ha de ser un movimiento que vaya de dentro a fuera, del interior de los espíritus al exterior social, obra de adhesión, no de imposición; de ahí su esencia liberal» ... «El socialismo humanista obedece, por consiguiente, a una concepción en la cual la autonomía de la conciencia, la de la individualidad plena, la del organismo profesional y la de la sociedad en su unidad, aspiran a ser orgánicamente concertadas mediante aquella norma que denominara un filósofo la unidad orgánica de los fines», DIAZ, E. (Estudio introductorio) DE LOS RÍOS, F., *El sentido humanista del socialismo*, Madrid, Castalia, 1976, pp. 240-241. Ver también GARCÍA QUEIPO DE LLANO, M., *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 497-498.

<sup>64</sup> Se puede ver: LACALZADA, M. J., «Concepción Arenal: Humanismo liberal, organicista, progresista y cristiano. La educación de la sociedad civil dentro de un Estado liberal», en RUIZ BERRIO, J., (Edición), *Educación y Marginación Social. Homenaje a Concepción Arenal en su centenario*, Universidad Complutense, Consejería de Presidencia, Madrid, 1994.

naturales. Por eso la caridad es para ella el legado del cristianismo a la civilización y no otras manifestaciones que al amparo del sentimiento religioso se conviertan en factor de privilegio u opresión <sup>65</sup>. La religiosidad es para Concepción Arenal un principio de esperanza que se manifiesta en lo individual como apertura a un «más allá» que da consuelo e inspira serenidad en los infortunios y en lo social creando vínculos de fraternidad entre los seres humanos. Ella decía creer «en el progreso como en una ley de Dios. Yo veo esta ley en el universo todo y la siento en mi conciencia donde haya eco aquella voz divina que nos ha dicho: *Sed perfectos*» <sup>66</sup>.

Los principios filosóficos que sustentan la obra de Concepción Arenal sobre la perfectibilidad humana se despliegan armoniosos por la sociedad, las instituciones del Estado, las relaciones en la producción, la función de la Iglesia, las leyes y el Derecho. El sentido integral de la libertad de las personas y del progreso de las sociedades convergen en su idea de la justicia. La actitud filosófica entregada a la libertad de pensamiento y de conciencia desde la que discurría Concepción Arenal le da una proyección universal capaz de inspirar armonías entre escuelas que han venido sosteniendo posiciones encontradas como la dicotomía entre derechos morales y jurídicos, entre el iusnaturalismo y el positivismo, entre la conciencia de creyente y la de ciudadano.

En resumen, los derechos humanos, su fundamentación y objetivación en leyes, el respeto por parte de los demás, aparecen en la obra de Concepción Arenal en una encrucijada entre la materialización formal y la aspiración trascendente. Concepción Arenal parece creer que los derechos que giran en torno a la vida, a la libertad, a la felicidad se van configurando en el seno del género humano en la medida en que la ciencia y la virtud extienden sus radios. Y en este sentido escribía: «No es una obra aislada la que lleva a cabo el sabio o el justo, y la perfección de un hombre contribuye a la del género humano». La sensibilidad humanitaria es mientras tanto bálsamo y guía en ese dificultoso camino hacia la perfección a lo largo del cual se irá desvelando gradualmente el rostro de la Justicia.

---

<sup>65</sup> Ver por ejemplo: ARENAL, C., *El Pauperismo*, obras completas, T. XVI, 1897, cap. XXII, «modo de ejercer la caridad» donde indicaba: «Son, por desgracia, muchos los que practican un cristianismo mutilado; que separan de hecho el amor de Dios del amor del hombre: que esclavizados espiritualmente, tienen a aliarse con los tiranos en el orden material, a consolarse de la mordaza que llevan con las cadenas que forjan; que se ponen siempre de parte de los fuertes contra los débiles; que desprecian a los que favorecen; que no miran a los que socorren como un *objeto* de compasión, sino como un medio de ganar para con un Dios, más parecido al que tronaba en el Sinaí ordenando el exterminio de los idólatras, que al que murió en la cruz por amor a todos los hombres», pp. 297-306.

<sup>66</sup> ARENAL, C., *Cartas a un obrero*, op. cit., obras completas, T. VII, p. 193.



Concepción Arenal parece mostrar una disposición de pensamiento y actitud moral dispuesta a no doblegarse ante ninguna clase de ídolos exteriores, habiendo asumido el vértigo de admitir que no existe ningún otro demiurgo para la Humanidad que la humanidad misma.

